

MANUEL GUTIERREZ NAJERA.

I

NADA ES MIO.

Me preguntas ¡oh Rosa! cómo escribo?
De qué manera, con menudas hojas,
Cintas de seda y pétalos de flores,
Voy construyendo estancia por estancia?
Yo mismo no lo sé! Como la tuya
Es, Rosa de los cielos, mi ignorancia!

Yo no escribo mis versos, no los creo;
Viven dentro de mí; vienen de fuera:
A ése, travieso, lo formó el deseo;
A aquél, lleno de luz, la Primavera!

A veces en mis cantos colabora
Una rubia magnífica: la aurora!
Hago un verso y lo plagio sin sentirlo
De algún poeta inédito, del mirlo,
Del parlanchín gorrión ó de la abeja
Que, silbando á las bellas mariposas,
Se embriaga en la taberna de las rosas.
Los versos que más amo, los que expresan
Mis ansias y mis íntimos cariños,
Esos versos que lloran y que besan,
¿Sabes tú lo que son? Risas de niños.

Otras veces me ayudan las estrellas
Y sus rayos de luz trazan en mi alma

Líneas celestes y figuras de oro.
Aquel soneto á Dios, es del Boyero:
De Sirio deslumbrante, esa cuarteta,
Y ese canto á la rubia que yo quiero
Fué escrito por la cauda del cometa.

Yo escucho nada más, y dejo abiertas
De mi curioso espíritu las puertas.
Los versos entran sin pedir permiso;
Mi espíritu es su casa: Dios los manda
Con cédula formal del Paraíso
Para que aloje á la traviesa banda.
Algunos á mis castas ilusiones
Escandalizan con su alegre charla:
Esos son los soldados, los dragones,
Los que trae en su clámide sombría
"Húmeda noche tras caliente día."
Otros de aquellos huéspedes pequeños
Se detienen muy poco: los risueños.
Cantan, mis penas con su voz consuelan,
Sacuden las alitas y se vuelan!

Los tristes . . . ¡esos sí que son constantes!
Alguno, como lúgubre corneja
Posada en la cornisa de la torre,
Mientras la noche silenciosa corre
Hace ya mucho tiempo que se queja!

No soy poeta: ya lo ves! en vano
Halagas con tal título mi oído,
Que no es zenzontle ó ruiseñor el nido
Ni tenor ó barítono el piano!

II

TRISTISSIMA NOX.

I

Hora de inmensa paz! Naturaleza,
Entregada en las horas de la noche
A insomnes trasgos y fantasmas fieros,
Breves instantes dormitar parece
En espera del alba. Cae el viento,
Con las alas inmóviles, en tierra;
Duerme la encina; el lobo soñoliento
Se tiende dócil y los ojos cierra.

Es el inmenso sueño, el sueño breve
Que no agitan las lluvias torrenciales,
Y sólo turban, en el duro invierno,
Lentas lloviznas ó menuda lluvia.
Es el inmenso sueño: paso á paso
La pantera que ha poco devoraba
A la mísera res, busca en silencio
El hediondo cubil; ya no se oye
De la culebra rápida el silbido,
Y entre grandes lumbradas, que alimentan
Las rajás crepitantes de la encina,
Recuéstase el viajero de los bosques
Al lado de su vieja carabina.

Todo reposa: por los aires huye,
Tras diabólica bruja, el ágil duende;
Se aproxima la luz, el mal concluye,
Suben las almas y la paz descende.

II

La noche es formidable: hay en su seno
Formas extrañas, voces misteriosas;
Es la muerte aparente de los seres,
Es la vida profunda de las cosas.

Dios deja errar lo malo y lo deforme
En las sombras nocturnas: de su encierro
Salen brujas y fieras y malvados;
En el dormido campo ladra el perro,
Maulla el gato negro en los tejados.
Pueblan el aire gritos estridentes:
Ya de infeliz mujer es el quejido,
Ya el trote de caballos invisibles
O de salvaje hambriento el alarido;
Plegarias, maldiciones y sollozos;
Cantos de bardo; cláusulas tremendas
De indignado profeta; el grito agudo
De las aves nictálopes que pasan;
El balar de la oveja en cuya nuca
El leopardo feroz las uñas hinca;
El confuso rumor de la hojarasca
Que remueve el venado cuando brinca;
Choque de escobas que en el aire azotan
Las malévolas brujas, y clamores
De dolientes espíritus que flotan
Como cuerpos de niebla entre las flores;
Todo en violento remolimo sube
Y al viajador errante aterroriza;
Todo en el aire negro se propaga,
Cuaja la sangre y el cabello eriza!
Bocas sin cuerpo gritan en la sombra;
Cruje la puerta de reseca tabla;

Los diablos llaman, el pavor nos nombra,
El monte quiere huir y el árbol habla.

III

La noche es formidable: las pupilas
Que en su profunda obscuridad se abren,
Aparecen sangrientas en el lobo,
De amarillo color en la lechuza.

Todas despiden luces infernales
É iluminan la marcha silenciosa
Del gato montaraz y los chacales,
La astuta comadreja y la raposa.

Sólo el fósforo brilla: en esos ojos
Que ardientes lucen como vivas fraguas,
En los fuegos errantes de los aires,
En las ondas plumizas de las aguas.

Cuando la luz espira, el color duerme:
Lo que vive en la sombra es negro ó pardo,
Tiene las cerdas ásperas del oso
O las manchas oscuras del leopardo.
Las plumas de los pájaros nocturnos
Con la densa tiniebla se confunden,
Y cual delgadas láminas, hirsutas,
En la carne se hunden.
Cuanto en la noche tenebrosa alienta
Es tardo en el andar, torpe en el vuelo:
La serpiente lucífuga se arrastra;
En el alto ciprés se pára el buho;
El cuervo acecha; lo que vuela baja,
Y, cautelosa, la terrible hiena
Espacio marcha y vigorosa encaja
Las garras inflexibles en la arena.

IV

La noche no descende de los cielos,
Es marea profunda y tenebrosa
Que sube de los antros: mirad cómo
Aduéñase primero del abismo
Y se retuerce en sus verdosas aguas.
Sube, en seguida, á los rientes valles,
Y, cuando ya domina la planicie,
El sol, convulso, brilla todavía
En la torre del alto campanario,
Y en la copa del cedro, en la alquería
Y en la cresta del monte solitario.

Es náufraga la luz: terrible y lenta
Surge la sombra: amedrentada sube
La triste claridad á los tejados,
Al árbol, á los picos elevados,
A la montaña enhiesta y á la nube!
Y cuando al fin, airosa la tiniebla
La arroja de sus límites postreros,
En pedazos, la luz, el cielo puebla
De soles, de planetas y luceros!

V

Y con ella se van la paz amiga,
La dulce confianza, el noble brío
De quien, alegre, con vigor trabaja;
Y para consolarnos, mudo y frío,
Con sus alas de bronce el sueño baja.

Entonces todo tímido se oculta:
 En el establo, los pesados bueyes;
 En el aprisco, el balador ganado;
 En la cuna pequeña, la inocencia;
 En su tranquilo hogar, el hombre honrado,
 Y el recuerdo impasible, en la conciencia!

Mil temores informes y confusos
 Del hombre y de los brutos se apoderan;
 En la orilla del nido, vigilante,
 El ave guarda el sueño de su cría
 Y esconde la cabeza bajo el ala;
 El noble perro con mirada grave
 Interroga la sombra y ver procura;
 Los caballos piafando se encabritan
 Y con pavor ó sobresalto evitan
 Las altos montes y la selva oscura.

Si en la extensa llanada le sorprende
 Con su cortejo fúnebre la noche,
 El potro joven á su hermano busca
 Y en su lomo descansa la cabeza.
 Todo tiende á juntarse en esta hora,
 Todo en la vasta soledad se hermana,
 Hasta que alegre la triunfal diana
 En el áureo clarín toca la aurora!

VI

También el alma se compunge ¡oh noche!
 En tu ébano profundo. ¡Cuántas fieras,
 A tu favor alzándose, ya graznan
 Como torvas lechuzas; ya semejan
 Endriagos fabulosos; ora rugen,

Ora con voz tristísima se quejan.
 Son los sueños: habitan las cavernas
 Invisibles del aire, ó bien se ocultan
 Dentro del propio sér; la luz evitan
 Y para ser visibles y palpables
 El fondo de la noche necesitan.

Se acercan: con sus garfios y tenazas
 De retorcido bronce, al lecho llegan,
 Y á nuestra boca, trémula de espanto,
 Labios helados y viscosos pegan.
 Éste, iracundo, con sus pies de cabra
 Las sábanas araña; aquél, riendo,
 Muestra los agudísimos colmillos;
 Ése, felino monstruo, nos contempla
 Con sus enormes ojos amarillos.

Ya el toro rebramando nos persigue:
 Ya, vivos, en la fosa nos entierran;
 Ya, como el ave, rápidos hendemos
 El aire tenue, cuando abrupto flanco
 Destroza nuestras alas y caemos
 Al fondo pedregoso del barranco.

Otras veces también, sombras dolientes
 Por soberano astrólogo evocadas,
 Pasan ante los ojos impacientes
 Las figuras amadas:
 La madre que del seno de la fosa
 Nos llama, y acorrerla no podemos;
 El padre ausente, la culpable esposa
 Que en otros brazos iracundos vemos!
 Y si en el lienzo obscuro se perfila
 La casta sombra de la amada muerta,
 Huye el sueño veloz de la pupila,
 Y el dolor, sollozando, se despierta!

VII

En medio de la horrible pesadilla
 Trazan, á veces, los traviosos duendes
 Grotesca historia, lances inconexos,
 Figuras que parecen retratadas
 En espejos convexos.
 Como frisos de gnomos que entrelazan
 Canijas piernas, en tumulto cruzan
 Enanos retozones que se abrazan
 Y en el aire sus miembros desmenuzan.
 Ata nuestra garganta férreo nudo,
 Y entre el bullicio de la turba loca,
 Sentimos del murciélago velludo
 Las repugnantes alas en la boca.

VIII

Cuando al enfermo espíritu no asaltan
 Pueriles y fantásticos terrores,
 Basta para amargar nuestra vigilia
 El recuerdo tenaz de los dolores.
 En tanto que la luz el cielo inunda,
 Dormitan en sus celdas los recuerdos;
 Mas, como hileras de callados monjes
 Que el claustro cruzan y á rezar maitines,
 Calada la capucha entran al coro,
 Así, ceñudos, los recuerdos vienen
 Cuando la noche lúgubre promedia,
 Y torvos junto al lecho se detienen
 Levantando sus cantos de tragedia.

IX

¡Ah! Con cuánta ansiedad espera el alma,
 Como el árbol y el pájaro, la hora
 Que sobresaltos y temores calma,
 Luctuosa madre de la rubia aurora!
 También la prisionera, la cautiva
 Del miserable cuerpo, luz desea,
 Como la flor que en sótanos oscuros,
 Buscando la enrejada claraboya,
 Trepa difícilmente por los muros.

Un sosiego infinito se difunde
 En alcobas y campos: el enfermo
 Cierra, por fin, los párpados cansados;
 Y la esposa, que vela diligente,
 Ahogando los sollozos de su pecho,
 Deja ya de rezar, dobla la frente,
 Y duerme fatigada al pie del lecho.

Todo es blando rumor: en la cornisa
 La golondrina matinal gorjea,
 Y alegre llama á la primera misa
 La aguda campanita de la aldea.
 Cerrado está el cancel, la iglesia obscura;
 Pero ya se oye en la pequeña nave
 La tos cascada del anciano cura
 Y el rechinar de la vetusta llave.
 Se aproxima la luz: el gallo canta.
 Pronto al primer agudo cacareo
 Otro en la casa próxima contesta,
 Y luego cien y mil: la ranchería,
 Las dispersas cabañas, los corrales,

Elevan la sonora greguería
 Con que saludan el albor del día
 Los vigilantes gallos matinales.
 A la voz de la alondra, en los encinos
 Los zenzontles contestan: los pinzones
 Con las tórtolas charlan en los pinos,
 Y en el fresno rebullen los gorriones.
 El leñador, de cuyo fuerte cincho
 El hacha cuelga, deja su cabaña;
 Y suena y se propaga en la montaña
 De los nobles caballos el relincho.
 El toro lentamente se endereza,
 Alza el testuz, sacude la cabeza
 Y prorrumpe en mugido prolongado.
 Corre el ágil lebre. Madrugadores,
 Se alejan los alegres cazadores
 Por los límites verdes del poblado.

X

¡Oh luz! ¡oh claridad! ¡oh sol! ¡oh día!
 A tí se vuelve la creación entera!
 De tu mirada brota la alegría;
 De tu beso nació la primavera!
 No apareces aún y ya presente
 Tu aparición la tierra jubilosa;
 Escucha tus pisadas en la cumbre
 Del nevado volcán; por cada poro
 Quiere absorber la matinal frescura,
 Y en tanto Venus sus pestañas de oro
 Abre curiosa en la celeste altura.

No apareces aún, y todo canta!
 Impaciente la vida ya despierta.

Más temprano que el alba se levanta
 Para esperarte ¡oh virgen! en la puerta.
 Te precede el perfume: los jilgueros
 Se empinan en las ramas temblorosas,
 Y tus heraldos, leves y ligeros,
 Van derramando perlas en las rosas!
 En la alcoba que aún tan sólo espías,
 Bocas enamoradas cuchichean,
 Y en los encajes de la luz que envías
 Almas de nuevos seres aletean.
 Solícitas bajando por las lomas
 A la luz del lucero matutino,
 Corren las brisas esparciendo aromas
 En la atmósfera azul de tu camino.
 Y como lluvia de purpúreas flores
 Caída de las pálidas estrellas,
 Bajan sueños, no lúbricos, de amores,
 Al lecho virginal de las doncellas!

XI

¡Oh luz! ¡oh claridad! ¡oh sol! ¡oh día!
 La tierra, como casta desposada
 Que espera, en el umbral de la alquería,
 De blancos azahares coronada,
 Púdica y amorosa se estremece;
 Los níveos brazos en el pecho junta,
 Y con trémula voz, que desfallece,
 Por su amado á los céfiros pregunta.

Vas á llegar! Estremecida y muda
 La novia espera en el hogar abierto;

Y con voz formidable te saluda
 El soberbio elefante en el desierto.
 El carro solitario de la Osa
 Halla en el mar incógnita guarida,
 Y, vencedora al fin, surges radiosa
 ¡Oh luz! ¡oh claridad! ¡oh sol! ¡oh vida!

JUAN B. HIJAR Y HARO.

Á EMILIO CASTELAR.

I

HOJAS DE OTOÑO.

Id por el mundo en paz, mis pobres versos;
 Las alas desplegad, cruzad los mares,
 Y llevad estos cantos de tristeza
 A la sagrada tumba de mis padres.

Allá, donde las tórtolas arrullan,
 Bajo las frondas de los verdes sauces,
 Colgad mi lira rota y que en sus cuerdas
 Rompa la brisa en lastimeros ayes.

Mustia corona de inodoras flores
 Que de mi frente pálida brotaste
 Para regar tus pétalos marchitos
 En las dormidas sombras de la tarde;

Presentimientos de la dicha humana;
 Cantos y amores de mi hogar errante,
 Id á buscar la noche de la vida
 Que el fin se acerca de tan largo viaje.

Pero al pasar por donde duerme Laura,
 Sobre las flores que en su tumba nacen,
 Dejadle, como prendas de recuerdos,
 Todos los besos que en mi labio laten.

Y si no he de volver, si mi destino
 Quiere que ausente mi existencia acabe,